

Atisbos de la autenticidad del hombre en la noción del no saber, en George Bataille

George Bataille está considerado como un autor intempestivo. Su obra atraviesa el horizonte crítico de lo humano y de lo estético. ¿Existe la posibilidad de entender la experiencia humana desde la desolada región del no-saber? Esta interrogante hilvana las reflexiones que van tocando tópicos tan disimiles y controvertibles, tales como los de la transgresión, la desnudez, la soledad y la angustia vital de la existencia.

Palabras clave: transgresión, cuerpo, existencia, estética

George Bataille is considered an untimely author. His work crosses the critical horizon of the human and the aesthetic. Is there the possibility of understanding the human experience from the desolate region of not-knowing? This question weaves together the reflections that touch on such dissimilar and controversial topics, such as those of transgression, nudity, loneliness and the vital anguish of existence.

Keywords: aphorism, linguistic

Keywords: transgression, body, existence, aesthetics

Carlos Armando Zaragoza González | azczaragoz@gmail.com

Introducción

Hay seres humanos que pasan a la historia por conquistar enormes masas de territorios y los pueblos adheridos a ellos; hay otros que lo hacen por sus brillantes descubrimientos en el saber y quehacer humanos, asimismo, los hay quienes se inscriben en la historia de la humanidad por buscar la inmortalidad debida a lo que ellos consideran grandes hazañas. Habría otros más, que, sin proponerse justamente pasar a la historia, lo logran a despecho de ello y, a regañadientes, se meten con calzador en ella por no atender a los criterios vitales del común de la gente.

Pero hay otros más que lo hacen por

nadar a contracorriente del tiempo que les ha tocado vivir, denunciarlo e intentar cambiar el sentido del orden establecido por lo catastrófico que resulta seguirlo, y lo hacen hasta el punto de ser considerados parias, radicalmente otros, malditos o verdaderamente locos. Y así, dentro de este último grupo, hay quienes por no amoldarse a dicho orden y sentido les cuesta señalamientos, segregación, persecución, encierro hospitalario, exilio, cárcel o... la muerte.

Es por lo anterior, que resulta necesario hablar de ciertos personajes que tanto en su quehacer cotidiano como en el extraordinario se han ganado, y con



Profesor Investigador del Área de Disciplinas Humanísticas en la Universidad Autónoma Chapingo. Coordinador del Proyecto Ateneo Nezahualcóyotl y Productor del programa Kaleidoscopio Cultural.

creces, el haber pasado a la historia por llamar la atención de los demás en un intento por cambiar el estado de cosas que les rodea, pero, además, por hacerlo de una manera tan peculiar, tan radical, que saca de quicio no sólo las “buenas maneras”, sino que disloca la “base” de dichas buenas maneras hasta llegar al grado de contraponer los límites extremos o, mejor dicho, aquello que los rebasa para, con ese “extremo jalón”, recomponer el estado de cosas o, al menos, hacer un llamado a sus congéneres para que logren vislumbrar algo de lo que está en mal y sientan eso que está en mal.

En este tenor, uno de los seres humanos que, quizá, ha pasado a la historia por intentar hacer sentir eso que está en mal sea al francés George Bataille. Pensador maldito que mediante el hacer sentir lo desenfrenado de los abismos, la angustia de la vida, la desnudez de la existencia, intenta obtener, aunque sea, una pequeña conjetura de lo que entendía por autenticidad del hombre. Sólo es eso, un intento de conjetura. De ahí el título “Atisbos de la autenticidad del hombre en la noción del no saber en Bataille”

Este intento, pone como otra posible conjetura a prueba, como hipótesis de trabajo, que a partir del no-saber es posible vislumbrar lo que Bataille entendía por autenticidad del hombre. Porque justamente en el no-saber el hombre puede llegar a tener la experiencia de la soberanía y, con ello, la posibilidad de volver a ser auténtico en el sentido más pleno de la palabra.

Para ello se abordan algunas nociones que se juzgan como necesarias para tratar el tema como son: dramatización, desnudez, el no-saber, transgresión, comunicación del éxtasis, angustia, sentir versus pensamiento discursivo, experiencia interior, servidumbre, autonomía y soberanía y autenticidad. Sin embargo, es necesario advertir que no se llega a una conclusión

alguna, antes bien, se llega simplemente al planteamiento de algunas cuestiones que, como todo intento, dejan puertas abiertas en lugar de cerrarlas de manera contundente. Sobre todo, en el caso del pensamiento de Bataille tan oscuro, tan difícil de asir y en ocasiones tan fragmentario.

1

Georges Bataille, pensador del no-saber, especie de príncipe maldito respecto del orden establecido por la cotidianidad moderna, habría ganado esta denominación por asumir de manera denodada, y con un derroche de energías que rayaba prácticamente en la locura, su empecinado deseo de poder expresar al hombre de su tiempo, al hombre moderno, lo que, quizá, es la más transgresora de las experiencias y que, por lo mismo, es lo que hace que le coloquen a Bataille como un hombre verdaderamente infame. Un excluido de dicho orden, no sólo por el hecho de no conservarlo, sino de ponerlo en evidencia a partir de la denuncia de la estupidez racionalista de la modernidad que le tocó vivir.

Para poder llevar a cabo dicha denuncia, Bataille no se plantea la puesta en cuestión de manera metódica. Hacerlo así sería seguir el juego racionalista de la modernidad, sería querer atrapar en los límites ilusorios de la razón utilitaria y calculadora lo que es inabarcable, a saber: la angustia, la risa, la muerte, lo sagrado, el silencio, la guerra, el aniquilamiento de la vida, del pensamiento y del lenguaje, el juego, lo imprevisible...

Bataille tampoco se propone, de manera expresa, poner en evidencia la fractura de algunas cuestiones que están en el ambiente de la sociedad moderna. Hacerlo así sería usar la lógica y sus tres principios fundamentales para deducir de ahí su postura hipercrítica. Más bien, hace saltar en añicos aquello que enfoca como

punto de quiebre de su decir inarticulado, a partir de una manera peculiar de llevarlo a cabo: la dramatización.

2

¿La dramatización? ¿Por qué la dramatización? ¿Qué ve?, perdón, ¿qué siente en ella Bataille como para tomarla a manera de “método” e ir en pos de lo que su voluntad de quiebra le manda tener experiencia? Es el arrobamiento o el éxtasis que provoca a la existencia en general lo que va indicándole al príncipe infame dicha experiencia. Además, porque “[...] desde el momento en que el drama nos alcanza y al menos si es sentido como afectando en nosotros al hombre en general, alcanzamos la autoridad, lo que causa el drama” (Bataille, 1972: 20). La autoridad no le viene a quien hace crítica desde la razón pura con toda la parafernalia de los así llamados principios fundamentales de la lógica racional amalgamados de su sin fin de categorías de la tradición filosófica. Le viene del campo del sentimiento, de la experiencia vivida que puede otorgar la dramatización. Si Bataille quiere romper con dicha tradición porque falsea la realidad, habría de buscar algo que le permitiera, con otro tipo de autoridad, franquear los límites de dicha tradición para, desde ahí, empezar el intento de resquebrajar los cotos cerrados de la modernidad.

Pero Bataille no para allí, también la voluntad es para él dramatización, en cuanto que es voluntad “[...] de no atenerse al enunciado, de obligarse a sentir lo helado del viento, a estar desnudo.” (Bataille, 1972: 23). Así, su voluntad de quiebra toma, en la dramatización, la forma de una voluntad en la que el hombre —al no atenerse al enunciado racional, discursivo, tradicional del lenguaje filosófico o científico— sentirá y estará desnudo. Porque para Bataille de

eso se trata precisamente. El estar desnudo le permitirá el hombre ser auténtico consigo mismo, y esto lo podrá conseguir por medio de la dramatización ya que en ésta es posible que “el espíritu se [...ponga...] al desnudo por un ‘íntimo cese de toda operación intelectual’.” (Bataille, 1972: 23).

3

Pero, ¿estar desnudo? ¿Qué es eso? ¿por qué estar desnudo? Bataille encuentra que eso, ‘desnudo’, es un estado del hombre; una de sus posibilidades. Es algo que le permitirá, sobre todo al hombre particular —no al concepto hombre que es la abstracción racionalista en que está sumido por la discursividad tradicional filosófica y moderna—, no ser atrapado en la verdad abstracta de las respuestas concretas y eficaces de la ciencia, sino encontrarse en un estado en donde lo que hace surgir la verdad, lo que verdaderamente vale, es estar en un estado de súplica sin respuesta.

Dice Bataille que en el “estado de desnudez, de súplica sin respuesta [...hay por paradójico que parezca...] la evitación de todo subterfugio. De tal suerte que [...] me apercibo al hundirme que la única verdad del hombre, finalmente entrevista, es ser una súplica sin respuesta” (Bataille, 1972: 22).

De modo que, no obstante, esta aparente precariedad, esta especie carencia absoluta, Bataille encuentra que el hombre tiene algo, entrevistado apenas, de verdad valioso por ser auténticamente verdadero en él, le evita todo subterfugio, es decir, le evita el auto engañarse si quisiera tomar alguna salida discursiva en la que trate de liquidar lo que le enfrenta con su verdadero estado.

Sí de acuerdo, el estado de desnudez, en tanto estado de súplica, le per-

mite al hombre no darse al autoengaño. Pero, ¿qué es ese estado de desnudez en donde el hombre suplica sin que haya una respuesta? Es un estado en donde el hombre, como súplica sin respuesta, no está codificado por el lenguaje racional. Si la súplica no tiene respuesta es porque no la hay; porque no existe codificación alguna que valga para ser auténtico en la medida en que el hombre siempre podrá ir más allá de los límites del saber absoluto y, por lo tanto, de la totalidad de sentido de la discursividad y de la lógica racionales de la modernidad. Porque el estado de desnudez es para Bataille, justamente, el no-saber. Es decir, la desnudez en la que se encuentra el hombre es un estado en el que no hay significatividad, es la no-significatividad, por eso es un estado de súplica sin respuesta.

Al respecto, Bataille señala que “el no saber como camino es el más vacío de los sinsentidos” (Bataille, 1972: 60). Incluso, sigue Bataille, “cuanto más avanzo en el saber, aunque sea por el camino del no saber, más pesado se hace el no saber último, más angustiioso” (Bataille, 1972: 60) ¿Por qué? Porque Bataille encuentra que, en la logomaquia del pensar occidental, que tanto le molestaba, se cree en la idea falaz de que todo puede ser dicho con un perfecto y redondo sentido, con una absoluta significatividad. Con una eficaz certeza de que todo puede ser atrapado en las redes de la razón universal, al estilo de Hegel.

Sin embargo, esa es una de las más grandes mentiras planteadas por el saber absoluto del filósofo alemán, ya que lo que deseaba Hegel era conjurar el peligro de lo no dicho, de lo no pensado, de lo no significativo por no poderlo encerrar en su sistema. Por ello, el no saber último, el que linda en las fronteras del saber racional, es el más angustiioso en virtud de que es lo que puede llevar al peligro mismo: la transgresión. También por la razón de que “más allá está

el sacrificio desnudo [...y...] el sacrificio es la locura, la renuncia a todo saber, la caída en el vacío y nada [...y como por añadidura...] ni la caída ni en el vacío, se revela [nada], [...] la revelación del vacío no es más que un medio de caer más dentro aún en la ausencia” (Bataille, 1972: 60-61).

4

¿De qué? De razón, de límites, de seguridad, de significatividad, de la posibilidad de conjurar a los peligros que acechan a cada paso en los linderos de la totalidad moderna. Por todo ello, Bataille dice lacónico “EL NO SABER DESNUDA” (Bataille, Op. Cit.). ¿Por qué desnuda el no saber? ¿Qué hace? ¿Qué condiciones pone que permite eso, la desnudez?

Ahonda Bataille como si adivinara las preguntas “esta proposición es la cumbre, pero debe ser entendida así, desnuda luego veo lo que el saber escondía hasta entonces, pero, si veo, sé, pero, a lo que he sabido, el no saber lo desnuda de nuevo. Si el sinsentido es el sentido, el sentido que es el sinsentido se pierde, se convierte en sinsentido (inacabablemente).” (Bataille, 1972: 60-61).

Hay que tratarlo por partes. Si el no saber desnuda, de eso se sigue que veo, y veo aquello que el saber tenía escondido hasta entonces, su vergüenza, sus miedos, sus límites supuestamente infranqueables. Sin embargo, resulta que, si logro ver, si veo, entonces sé; esto es, si logro ver lo que antes tenía escondido el saber, entonces vuelvo a saber y, con ello, vuelvo a integrar algo en la esfera del saber. Dicho con otras palabras, de alguna manera, ya se integró lo no sabido y lo no visto en lo visto y sabido del saber racional del que el hombre forma parte.

Empero, es aquí donde Bataille le gana la partida al saber racional porque si, en efecto, se sabe algo nuevo, entonces el no saber lo desnuda de nuevo porque lo fatura desde ya, lo hace que salte en añicos, lo vuelve a poner en crisis de manera inacabable, pues no lo deja en su supuesta tranquilidad soberana de paz perpetua. Con esto, el sinsentido que, en verdad para Bataille, es el sentido, —esto es, el sentido que en términos racionales es el sinsentido— se pierde y, por ello mismo, se convierte nuevamente en sinsentido, pero de manera inacabable.

5

En seguida, Bataille habla del sentido que él le da a la proposición “el no saber desnuda”. Dice que efectivamente, tiene un sentido, pero uno muy peculiar. Que, curiosamente, aparece, para desaparecer de inmediato, porque consiste en que “EL NO SABER COMUNICA EL ÉXTASIS. El no saber es, en primer lugar: ANGUSTIA. En la angustia aparece la desnudez, que extasía” (Bataille, 1972: 60-61). Eso quiere decir que lo que Bataille llama sinsentido no tiene una significatividad racional dentro de los parámetros de la discursividad racionalista, puesto que la comunicación no pasa de ninguna manera por la inteligibilidad, más bien, el no saber comunica porque es a partir de la comunicación que se puede dar el éxtasis, porque éste surge a partir de que nos dejamos herir, de que nos dejamos lastimar.

De hecho, cuando se da ese acto maravilloso que es el amor, es porque estamos dispuestos a dejarnos lastimar por algún otro o por otro; la comunicación tiene que ver con el corazón sufriente, sangrante; con las entrañas dolientes porque están expuestas al sol señalando lo que son, los meros intersticios de un ser moribundo y no, con un acto de habla. Como decía

Pascal “hay razones del corazón —y de las entrañas— que la razón no entiende”. Por eso quizá es que el no saber lleva al éxtasis, pero primeramente es angustia, allí aparece la desnudez.

Sin embargo, este sentido aparece y desaparece de inmediato apenas ha aparecido, esto es, “[...] el éxtasis mismo (la desnudez, la comunicación) se escapa si la angustia se escapa. De este modo, el éxtasis sólo es posible en la angustia del éxtasis, en el hecho de que no puede ser satisfacción, saber aprehendido”. (Bataille, Op. Cit.). Y no puede serlo porque la “lógica misma” del no saber lo hace estallar en añicos apenas se convierte en algún tipo de saber. Además, como dice el mismo Bataille

[...] el éxtasis sólo es, en primer lugar, saber aprehendido, en particular en el extremo desapego y la extrema construcción del desapego que yo, mi vida, mi obra escrita representamos [...] Pero cuando el extremo del saber adviene (y el extremo del saber al que acabo de referirme es el más allá del saber absoluto), sucede lo mismo que con el saber absoluto, que todo se invierte. Apenas he sabido —enteramente sabido— y ya el desnudamiento en el plano del saber (en el que el saber me deja) se revela y la angustia vuelve a comenzar. (Bataille, Op. Cit.).

6

Angustia de volver a comenzar porque ya todo está invertido, porque se está en la desnudez y porque lo que se expresa ahí es precisamente el carácter oscilante que seduce de manera violenta y saca de quicio la experiencia del pensamiento; es, a fin de cuentas, la transgresión, es la posibilidad de ir más allá de lo significativo sin quedarse instalado en eso otro; porque siempre está en nuestro horizonte como lo posible de ser tocado,

alcanzado de manera breve, porque ya se está de regreso a donde se había estado. Esta simultaneidad es lo que para Bataille no sólo trastoca, sino que hace saltar en añicos a los tres principios lógicos fundamentales.

¡Pero cuando se dice la expresión “se está en la desnudez”, no se está queriendo decir que sea un estado estático en el que el hombre encuentra un rato o un espacio de sosiego, de ocio y, mucho menos de paz, no! Cuando Bataille habla de dicho estado, y que ese estado le permite llegar al éxtasis, es porque con ello se ha logrado franquear los límites del pensamiento y, con y por ello, los límites del saber establecido por la discursividad racional.

De manera que, de lo que se trata, entonces, es de frenar la razón, mejor aún, de tirarla del pedestal en donde se encuentra y dejar el campo libre para el sentir, que éste hará que el hombre sea un ser auténtico por no estar encajonado en los límites de la razón discursiva. Pero advierte Bataille que “en caso contrario, el discurso le mantiene [...] al hombre...” en su pequeño desdoblamiento.” (Bataille, 1972, 23).

Así, Bataille dice, “[...] lo que cuenta no es ya el enunciado del viento [...] la forma lógica, discursiva en que se enuncia el objeto viento [...], sino el viento” (Bataille, Op. Cit.). El viento mismo y el contacto mismo con éste es lo que cuenta en última instancia. ¿Para qué? Para tener lo que Bataille llama la experiencia interior que se diferencia de la filosofía por cuanto para la primera no se cifra su existencia en el conocer en el sentido racional, sino en sentir, en experimentar, y con ello, sobre todo, tener experiencias de autenticidad logradas a partir de la dramatización. Por ello, dirá Bataille que “la diferencia entre experiencia y filosofía reside principalmente

en que, en la experiencia, el enunciado no es nada más que un medio, e incluso, tanto como un medio, un obstáculo [...]” (Bataille, Op. Cit.), y lo que verdaderamente vale y da autoridad para ser auténtico es la experiencia.

7

¿La experiencia? ¿Cómo la entiende? ¿Por qué la busca Bataille? ¿De dónde su valor, su importancia? Bataille habla de la experiencia, sí, pero no de cualquier experiencia. La experiencia a la que hace alusión, es tal, que se alcanza a dar cuenta de lo que sucede cuando se está disolviendo, lo que ayuda a dar cuenta del suceso mismo de la disolución. Cuando se está disolviendo el pensamiento mismo, la palabra misma y el sujeto mismo ¿Paradójico?, quizá, pero el hecho es que para la experiencia de la que habla Bataille, a diferencia del filósofo y del místico, no está en el lenguaje discursivo porque, como él dice, es “[...] lo contrario de la acción. Nada más.” (Bataille, 1972, 54).

Y eso es la experiencia interior, en la no se espera como resultado de nada que sea semejante a una meta o premio en un mundo trascendente o un más allá fuera de la realidad humana, que sería en el caso del místico; pero tampoco se espera la construcción de ningún sistema de conceptos y categorías a la manera de un Kant o un Hegel como resultado esperado de toda una serie encadenada de deducciones rigurosas hasta el constreñimiento de la mente, que sería el caso del filósofo; porque, además, como él mismo menciona “el pensamiento riguroso, la firme convicción de pensar, es ya desfallecimiento” (Bataille, 2001, 70). Esto es, es ya la muestra de que se ha empezado a rebasar los límites del pensamiento discursivo y, sobre todo, a dar muestras de su falsedad de querer

abarcarlo todo, puesto que, si de verdad es riguroso, tendría que ir más allá de la misma discursividad, de la misma significatividad.

Asimismo, en la experiencia interior, a diferencia de la experiencia mística y de la filosófica, no se está en dependencia de proyecto alguno; no existe subordinación a nada que sea previsible de antemano ya que, dice Bataille:

“Al examinar el pensamiento, siempre nos alejamos del momento decisivo (de resolución) en que el pensamiento fracasa, no como un gesto torpe; por el contrario, como una culminación que no puede ser traspasada; porque el pensamiento ha medido la torpeza implícita en el hecho de aceptar su ejercicio; ¡es una servidumbre!” (Bataille, 2001, 72).

Esto es prueba para Bataille de que, si la experiencia interior estuviera proyectada de antemano a un objetivo o una meta, estaría subordinada al intento de encontrarla de manera afanosa y en el fracaso de no poder hallarla y de aceptar tal fracaso (momento decisivo, resolutorio), se tendría que retirar arguyendo una falla del método empleado, una falacia lógica o una abstracción mal realizada en los pasos seguidos a la hora de la construcción de la misma (un gesto torpe), cuando, lo que ocurre en realidad, es que el pensamiento filosófico, en especial el moderno, al medir sus posibilidades, ha juzgado su pecado original al aceptar que, más bien, es una servidumbre. Porque el pensamiento filosófico, y en cierta manera el místico, de manera análoga a la acción, están supeditadas al proyecto. “La «acción» está toda ella, por completo, en la dependencia del proyecto. Y lo que es más grave, el pensamiento discursivo está, él mismo, comprometido en el modo de existencia del proyecto. El pensamiento discursivo es obra de un ser compro-

metido en la acción, tiene lugar en él a partir de sus proyectos” (Bataille, 2001, 54). En cambio, la experiencia interior no es servidumbre, no está, ni sirve, ni existe en función de nada que la determine de antemano como buscando un fin.

8

¿Esto llevaría, tal vez, a afirmar que la experiencia interior ya no es, en este sentido, una experiencia del saber? Sí y no. Definitivamente sí, porque no es una experiencia que esté supeditada a la argumentación lógico-discursiva. No es una experiencia de la que se extraiga, derive o infiera una conclusión racional y, en este sentido, no es una experiencia del saber. Pero, definitivamente no, en la medida que la misma experiencia interior no está alejada de manera definitiva de la razón. Sólo que ésta es simplemente un medio, la razón no es un fin en sí misma como en el pensamiento discursivo. Es lo que ayuda a la disolución de sí misma, del sujeto mismo y del lenguaje mismo. Es más, aunque parezca un absurdo, para Bataille “la experiencia interior está conducida por la razón discursiva. [Porque] sólo la razón tiene el poder de deshacer su obra, de demoler lo que edifica. [Y ni siquiera] la locura [...] es eficaz, pues deja subsistir los escombros, al perturbar junto con la razón la facultad de comunicarse.” (Bataille, 2001, 55).

Así, al recorrer junto con Bataille la dramatización, la desnudez, el mismo no saber, la transgresión, la comunicación del éxtasis, la angustia, el sentir versus pensamiento discursivo, la experiencia interior y la servidumbre, se puede empezar a atisbar algo sobre el hombre a partir de la noción del no saber. ¿Por qué a partir de la noción del no saber? Porque es a partir de esta noción que se

podría expresar lo que para Bataille es el hombre.

Así, por ejemplo, se podría lograr manifestar la experiencia del no saber a partir de la experiencia del silencio que es, en cierta forma, similar. ¿Por qué? Puesto que el silencio es una suerte de restitución de la autenticidad, porque adentrándose en la experiencia del silencio, el hombre logra disolver, enterrar, o al menos borrar lo que de insensato había dicho.

9

Pero la cuestión, es que, el silencio es tan radical que, como la muerte, no hay medias tintas, no hay tibiezas, no hay edulcoraciones capaces de soliviar el estado del hombre y lo desnuda igualmente. Incluso el silencio no se puede decir, ya que rebasa todo dicho sobre él, y si se trata de decirlo, se disuelve, se pierde, como el no saber, en la noche, como soberanos que son silencio y no saber. Sin dependencia alguna. Así lo deja entrever Bataille cuando habla de la “la condición rigurosa —rigurosa como son el nacimiento y la muerte— era borrar, enterrar en el silencio soberano [...] lo que había dicho de insensato” (Bataille, 2001, 74-75).

De esta manera, como en el silencio soberano, la condición era cavar dentro del silencio propio para enterrar, al adentrarse en la oscuridad en la noche, lo dicho insensatamente, así también, había que enterrarse en el saber soberano, aquel saber que no depende de nada para tener la experiencia del silencio del saber, el no saber, y con ello borrar y enterrar al saber insensato. Porque similar al silencio del hombre glorioso, victorioso, exaltado y, como el sol, transfigurado (Bataille, 2001, Op.Cit.), así también, el no saber de un hombre en iguales con-

diciones es el saber de la muerte, el no saber; sólo allí se registra verdadera y auténticamente la muerte, es decir, el no saber, la disolución de éste; pues es ahí, en el no saber, similar al silencio, donde toda voluntad de resolver el universo entero se disuelve, así es, en gerundio, su disolución, resolviéndose (Bataille, 2001, Op.Cit.).

Tan es así, que es imposible discurrir con el lenguaje lo soberano, no sólo el del silencio, sino tampoco el del no saber. Si se intentara decir, sería demasiado porque tanto el silencio como el no saber rebasan los linderos de la discursividad y del saber racionales. Pero, al mismo tiempo, no sería suficiente, porque como los rebasa, no se le puede encerrar ni en la discursividad ni el saber racional. A esto se refiere Bataille cuando declara: “no puedo decir lo que el silencio, en el cual penetro, tiene de soberano, de inmensamente generoso y ausente; ni siquiera decir: es deleitable u odioso. Siempre sería demasiado y no lo suficiente (Bataille, 2001, Op.Cit.). De ahí que para Bataille, el intentar instaurar el silencio mediante las palabras, se pierda en el silencio en la medida que se extienden las palabras, esto es, en la medida en que se extiende la discursividad. En cambio, lo que de verdad es posible hacer de manera auténtica, es perderse en el silencio, en la disolución de las palabras.

Por su parte, el saber, en medida que va avanzando, y de manera parecida al silencio en relación con las palabras, no concreta nada, porque no es posible hacerlo. Al tratar de hablar de su complemento, el no saber, no logra saber, no logra determinar de manera definitiva nada y se pierde en el no saber. Por ello dirá Bataille

mi frase quiso instaurar el silencio a partir de las palabras, pero sucede lo

mismo con el saber que se pierde en el no saber a medida que se extiende. El auténtico sabio, en el sentido griego, utiliza la ciencia como puede ser empleada con miras al momento mismo en que cada noción será conducida al punto donde su límite aparecerá que está más allá de cualquier noción (Bataille, 2001, Op.Cit.).

10

Así sucede para Bataille con el auténtico sabio en sentido griego. A medida que avanza en el saber, porque trata de extenderlo, se pierde en el no-saber; es decir, a medida que trata de abarcar toda la realidad con su saber, con su conocimiento, se pierde en su contrario complemento porque dicho sabio toma al saber como inscrito en un proyecto, según el cual, se tiene como objetivo o finalidad el hecho de que cada noción sea conducida hasta el punto límite, que es donde aparecerá la noción de que se trate y, en general, toda noción, más allá de cualquier otra.

Dicho de otra manera, en la medida en que el saber del auténtico sabio se extiende —en la medida en que es empleada la ciencia en el sentido de tener como fin el momento en que cada noción es conducida (extendida) a un punto, su límite — de pronto (como Bataille dice, aparece que) se tiene la experiencia de que está más allá de cualquier noción. Por eso se pierde en el no saber. Por lo mismo, nuevamente de manera lacónica y con una autenticidad que provoca angustia, declara Bataille: “lo que proporciono [al tener dicha experiencia es] la honestidad del no-saber, [o dicho con otras palabras] la reducción del saber a lo que [auténticamente] es.” (Bataille, 2001, Op.Cit.).

11

¿Por qué lo dice Bataille? ¿Por qué atisba que el no saber expresa lo que el saber es, de manera auténtica, o sea, honestamente? Quizá la respuesta esté en lo que a continuación declara él mismo cuando, frente a la posible objeción que se le haga —en el sentido de que, debido a la conciencia que se tenga del no saber, o del despertar en la noche del no-saber, se le intente refutar con el argumento de que ha extralimitado de manera deshonestamente las posibilidades de un saber, al intercambiarlo por encadenamientos azarosos de una serie de despertares renovados sin cesar cada vez que la reflexión ya no puede proseguir y cuyo origen, demás, no está justificado, en virtud de que se sustituiría cada despertar por operaciones de discernimiento falsas— Bataille, tal vez, saldría del paso al decir que, por el contrario,

El despertar [...] restituye el elemento soberano, es decir, impenetrable [porque] (insertando el momento del no-saber en la operación del saber; restituyo al saber lo que le faltaba, un reconocimiento, en el despertar angustiado, de lo que necesito resolver por ser humano, mientras que los objetos de saber están subordinados)” (Bataille, 2001, Op.Cit.).

Justamente, el no-saber restituye lo auténtico del pensamiento, lo auténtico del verdadero saber, es decir, lo que Bataille llama el elemento soberano y que, como tal, le da, le vuelve a colocar, le restaura en el estado que tenía el pensamiento “antes” de volverse puramente racional; “antes” de estar supeditado a un objetivo y estar en dependencia de una meta; “antes” de ser meramente proyecto.

Pero eso no es todo, ya que al mismo tiempo que le otorga la soberanía del pensamiento al insertar el momento

del no-saber en el saber, además, le otorga el reconocimiento de ser sujeto soberano.

Sí, también le restituye aquello que le faltaba dignamente en el despertar angustiado; en ese despertar auténtico de la desnudez que sólo es posible otorgar en el momento del no-saber y que para Bataille se necesita resolver únicamente por el sencillo hecho de ser humano: ser soberano, ser libre de proyectos, metas, ataduras, ser auténticos.

Es así para Bataille debido a que la experiencia de ser humano de manera verdaderamente auténtica y, si se permite, radical, es ser libre y autónomo a partir de la desnudez que sólo es posible alcanzar en la experiencia al sumergirse en la noche del no-saber. Esto hace que, mercedamente, tanto el no-saber como el sujeto del no-saber, por la soberanía de ambos, sean por ello impenetrables. Lo cual significa que no es posible su determinación a la manera de marcar los límites de su significatividad. Mientras que, los elementales objetos de saber, esos sí que están subordinados a quien los puede reconocer como tales sin que ellos mismos, en tanto tales, simples objetos de saber, puedan reconocer nada en razón de que no son soberanos, no son libres.

De modo que con base en el reconocimiento de la soberanía del no-saber, primero, y con ello, del sujeto del no-saber después, es posible atisbar la autenticidad del hombre. Pero únicamente eso, pues sólo es una sospecha, acaso ya un vislumbre de algo, pero nada más.

11

Tal vez con esto, Bataille podría responder a la pregunta ¿qué es el hombre?, ¿un constante despertar angustiado?, ¿una súplica sin respuesta?, ¿una des-

nudez que todo lo atraviesa y que provoca un vértigo devastador? Pero, y si la respondiera... ¿estaría intentando determinar, encuadrar, limitar el concepto hombre y con ello nuevamente hacer el intento de extender el saber que, a fin de cuentas, le llevaría a su complemento, el no-saber?

Justo ahí estaría, en ese movimiento, en ese oscilar entre el saber y el no-saber, entre el ser precario y el ser soberano; entre el ser súplica sin respuesta y el intento de responder hasta el mareo incesante; entre ser un constante despertar angustiado que intenta quitarse la angustia y ese intento que regresa a su no ser completo porque él, solo, elimina su autonomía ganada en la desnudez.

Parece que esa sería la posible respuesta de Bataille a la pregunta por el hombre. Mejor, eso sería el escueto barrunto que el infame príncipe del no-saber dejaría a los hombres concretos, de carne y hueso, dolientes, sufrientes, alegres, locos o infames como él mismo; a todos aquellos que tienen la posibilidad de la experiencia de poder vislumbrar su ser al atravesar el umbral del saber mismo para, con voluntad de artista, sospechar maliciosamente que todavía se puede dar cuenta de su ser a pesar de disolverlo en la noche oscura del no-saber.

BIBLIOGRAFÍA

BATAILLE, Georges: La experiencia interior. tr. Fernando Savater. Madrid, Taurus, 1972.

-----: La oscuridad no miente. Textos y apuntes para la continuación de la SUMA ATHEOLÓGICA. Selección, traducción y epílogo de Ignacio Díaz de la Serna. México, Taurus, 2001.